

cieron, y complacidos con las ventajas que el país les ofrecía, se apoderaron de él en perjuicio de sus legítimos poseedores y de los dominadores á quienes habían fingido defender. Tarde reconocieron los Fenicios el engaño: cuando quisieron sacudir el yugo cartaginés, se vieron en su metrópoli sitiados y combatidos con medios destructores desconocidos hasta entonces (1): los arietes africanos batían los muros de Gadir, y los terribles soldados denegridos por el sol y el hálito abrasador del Desierto cubrieron de guarniciones las risueñas y prósperas ciudades del litoral y sus islas. Acaso hubieran emprendido entonces los Cartagineses la conquista de todo el país si las guerras en que por otras partes andaban envueltos no les hubieran movido á aplazarlo para ocasión más oportuna. Dejaron en la Península algunos gobernadores que se limitaron á tener á raya por espacio de algunos años á las tribus ibéricas de las cercanías, y á sacar para las otras contiendas que sostenía Cartago gente y riquezas de sus propias posesiones en la Bética.

Dejemos á los Cartagineses disputar á los Fenicios y á los Griegos la dominación del Mediterráneo: dejemos á las colonias griegas de España ir atesorando en sus conflictos con los hijos de la naciente y ya orgullosa república africana, los odios que han de convertirlas en fieles y útiles auxiliares de Roma. Supongamos que con motivo de una rivalidad de piratas, y ofendidos los Tirrenos de ver que los Tirrenos son más ladrones que ellos (2), estalló ya la guerra entre Cartago y Roma. En esta guerra no faltarán seguramente ocasiones de estipular sobre la España; sin embargo, la recelosa malicia de los Penos (3), fiel á la práctica constante de sus progenitores los Fenicios, procurará en los tratos que con Roma celebre dejar como envuelta en las sombras del misterio la hermosa presa que ya empezaba á saborear, para reservarse su goce exclusivo (4). Polibio copió de las tablas de

(1) Según Vitrubio, lib. X, cap. 19, fué esta la primera ocasión en que se empleó el *ariete*. «En este cerco, dice Mariana, lib. I, cap. 19, pretenden algunos que Pefasmeno, un artifice natural de Tiro, inventó de nuevo para batir los muros el ingenio que llamaron *ariete*. Colgaban una viga de otra viga atravesada, para que puesta como en balanzas se moviese con mayor facilidad é hiciese mayor golpe en la muralla.»

(2) Véase sobre la marina y la piratería de los Tirrenos el *Iconum* de Filóstrato, lib. I. Nave de pirata y nave tirrena eran sinónimos en los tiempos antiguos. Véase á Avieno, *Descript. Orb.*, v. 624. Plinio dice que los Tirrenos fueron los inventores de las áncoras, y otros les atribuyen también la invención del *rostrum* ó espón, arma terrible de las galeras antiguas para los combates navales.

(3) Nombre latino de los Cartagineses.

(4) Cuenta Estrabón (lib. III) que los pilotos Cartagineses hacían adrede barar sus

bronce conservadas en el archivo de los ediles del templo de Júpiter Capitolino un tratado, el mas antiguo que se conoce entre Cartagineses y Romanos, que descubre el vano deseo de retardar la ya inevitable incursion de la gente de Rómulo en nuestro suelo. La letra de este tratado, escrito en latin bárbaro de mas de cinco siglos anterior á nuestra Era, dice entre otras cosas: «Los Romanos y sus aliados del Lacio se abstendrán de navegar mas allá del gran Promontorio (tal vez el Promontorio de Juno, hoy Cabo de Trafalgar), á no ser que á ello se vean precisados por sus enemigos ó arrojados por las tempestades. En este caso no les será permitido comprar ni tomar allí nada, sino lo estrictamente necesario para avituallar sus naves ó para el culto de los dioses, y no podrán permanecer mas de cinco dias. Los mercaderes que vayan á Cartago estarán exentos de pagar derechos, á escepcion de los que cobran el pregonero y el escriba... Los Cartagineses por su parte se abstendrán de hacer incursiones y daños en las tierras de los An-ciotas, de los Ardeanos, de los Laurentinos, de los Circeyanos, de los Terracinenses, y de los demás pueblos latinos que obedezcan á los Romanos... (1)» Otro tratado posterior, que confirmaba las principales cláusulas de este, hace aun mas patente el deseo de alejar á los Romanos de España. «Los Romanos, dice una de sus estipulaciones, no harán presas, ni traficarán, ni construirán ciudad alguna mas allá del gran Promontorio, de Mastia y de *Tarseyo* (2).» Hasta el año 238 antes de J. C. siguieron los Cartagineses sacando de España recursos para sostener en Sicilia la primera guerra púnica, y para sojuzgar en Africa á otras naciones enemigas; comerciaron mucho, beneficiaron mucho la Bética, pero no guerrearon en ella ni llevaron á cabo conquista alguna.

En este intervalo, y antes de su guerra con los Romanos, emprendió la marina cartaginesa con naves construidas en Cádiz dos largos viajes de exploracion, cuyo recuerdo persevera glorioso en la historia de las antiguas navegaciones. Himilcon y Hannon, sucesores de su primo Saffon en el gobierno de España, dejando el cuidado de esta provincia á su hermano Gisgon, obtuvieron permiso del Senado para aderezar dos ar-

naves con objeto de desorientar á los buques estrangeros que seguian su derrota para entrar guiados por ellas en los mares desconocidos.

(1) Polib., lib. III. Segun este historiador se celebró el tratado 28 años antes de la expedicion de Jerges contra los Griegos, 508 antes de J. C., en el año 245 de Roma.

(2) Polibio dá el nombre de *Tharseius* á todo el pais de la costa bética. Tharseio, Tharsis y Tarteso, es todo uno.

madas y abastecerlas de todo lo necesario con objeto de descubrir nuevas costas. Himilcon se propuso explorar las riberas de Europa y sus mares: Hannon se encargó de recorrer el litoral de Africa, á la sazón completamente inexplorado (1). Créese que Himilcon navegó hasta las islas Sorlingas, que los antiguos Griegos llamaron islas del Estaño (Cassiterides), y no hay memoria del derrotero que tomó para su vuelta á España despues de dos años y medio empleados en ida y vuelta de navegacion tan larga y dificultosa. Pero la de Hannon es principalmente notable por su objeto puramente científico y por haber servido á los antiguos geógrafos de argumento para demostrar que el continente africano estaba al mediodia rodeado de mar. Parece en efecto fuera de toda duda que los mareantes gaditanos habian dado la vuelta al Africa muchos centenares de años antes que los modernos doblasen el Cabo de Buena-Esperanza. «Se dudó por algun tiempo, dice Mela discurriendo sobre la Etiopía (2), si de la otra parte prosigue el Océano rodeando la tierra, ó si abrasada de los rigores del sol se estiende el Africa sin fin ni término; pero habiendo sido enviado de los suyos Hannon Cartaginés á explorarlo, despues de haber salido por las puertas del Océano y rodeado gran parte de esta region, dejó escrito que no le habia faltado el mar, sino el mantenimiento; y un cierto Eudoxo, en la edad de nuestros abuelos, huyendo de Latyro, rey de Alejandria, salió segun Nepote á este mar por el seno arábigo, y llegó hasta Gades; por eso tenemos alguna noticia de esta costa.» El decir Mela *se dudó por algun tiempo* si la tierra de Africa estaba ó no rodeada de mar, manifiesta claramente que esto estuvo en duda como todos los descubrimientos de la geografía, pero que despues las navegaciones completamente lo aclararon. Plinio (3) además de los viajes de Hannon y Eudoxo, menciona otros: «No solo en tiempo de César, hijo de Augusto, dice, se reconocieron en el seno arábigo fragmentos de naves españolas, sino que segun Cornelio Nepote, un cierto Eudoxo, huyendo del rey Latyro, se hizo á la

(1) La relacion de estas navegaciones, tan atrevidas en aquel tiempo, fué escrita en lengua púnica por los mismos Himilcon y Hannon que las llevaron á cabo. Desgraciadamente los originales no existen, y solo se conservan una traduccion griega del Periplo de Hannon y algunos fragmentos del que escribió su hermano. Véase la preciosa Coleccion de *Geógrafos antiguos* de Hudson. Chateaubriand en su *Ensayo sobre las revoluciones* trae la traduccion del Periplo de Hannon al francés. La traduccion latina apareció por la primera vez en Basilea el año 1533.

(2) Lib. III, cap. 9.

(3) Lib. II, cap. 67.

vela en el golfo arábigo y llegó hasta Gades: bien que, mucho antes que él, Celio Antipater asegure que vió un comerciante que por solo el objeto del tráfico habia navegado desde España á Etiopía.»

Estos y otros pasages son claros testimonios de las largas navegaciones de los Gaditanos, pues el viaje de Hannon, dispuesto en Gadir aunque ordenado por la república cartaginesa, los fragmentos de naves españolas halladas por César en el golfo arábigo, el caballo ó nave cadiceña hallada por Eudoxo en aquellos mares y el comerciante gaditano conocido de Celio Antipater en aquellos países, prueban, hasta no dejar sombra de duda, que los hijos de la Isla, aleccionados en el arte de navegar por los intrépidos Fenicios, por los Griegos Focenses y por los Cartagineses, navegaron todo al rededor de Africa cruzando el Cabo. Ponga norabuena el verídico Estrabon sus reparos al viaje de Eudoxo contado por Posidonio; séanos á nosotros licito notar en él: las insignias de caballos que ponian los Gaditanos en las proas de sus naves como muestra de la perfeccion á que habia llegado entre ellos la arquitectura naval; los buenos artifices y escelente construccion que debian tener, cuando por dos veces vino Eudoxo á fabricar naves y barcos á Cádiz para emprender su viaje; y el estado en que se hallaban las artes y oficios, puesto que Eudoxo embarcó en Cádiz músicos, médicos, artifices, agricultores y otros menestrales para poblar las tierras adonde se dirigia. Todo esto debe confirmarnos en la idea que nos dá el mismo Estrabon de los de Cádiz (1), diciendo: «Son los que navegan por el Mediterráneo y Océano con mayor número de buques y de mayor porte,» y enseñarnos á interpretar mejor que lo han hecho ciertos criticos franceses (2) otro pasage en que el geógrafo griego asegura que *los Iberos hasta el tiempo de Bruto habian navegado en vajeles de cuero*. Debe esto entenderse de los iberos septentrionales que habitaban la tierra del Tajo arriba, pues por lo tocante á la costa que baña el Mediterráneo, es bien sabido que no solo usaban los iberos turdetanos ó tartesios barcos de madera, sino hasta naves de cincuenta remos al estilo de los Focenses muchos siglos antes de Bruto, como lo declara Estrabon tratando de las navegaciones de los Gaditanos. Tambien debe suponerse que los de la costa occidental y septentrional emplearian desde mucho antes barcos de madera en alta mar y fuera de los

(1) Lib. III.

(2) El autor de la *Historia de la navegacion* en su tomo 2.º, lib. 21.

lagos y estuarios. En efecto, en una colección de antiguos poetas griegos que goza merecida fama de autenticidad (1), se halla un epigrama de Antiphilo cuya traducción latina comienza así:

«Lignatores quiescite navium gratia: non amplius pinus
In maris, sed jam corium currit.

dando claramente á entender que antes que se hiciesen naves de cuero se fabricaban de madera. Podían los Iberos usar de estas en los largos viajes y servirse de barcos de cuero para atravesar los ríos y estuarios. El uso de bajeles de cuero en la marina antigua aparece muy común en los escritos de Plinio, Solino, Dion y otros autores.

A este mismo período, anterior á la primera guerra púnica, refieren los más acreditados historiadores otro hecho notable de los Gaditanos. Alejandro, rey de Macedonia, que por sus hazañas mereció el nombre de *Magno*, después de haber domado á los Eclavones, á los Triballos y á los Tracios, sujetado las ciudades de Grecia que poco antes eran libres, sojuzgado el Asia, la Siria y el Egipto, y vencido por fin al gran monarca Darío, se había apoderado del imperio persa, sin parar hasta abrirse camino con el hierro y con el ímpetu del rayo hasta la India, donde tenía avasallados gentes y reinos nunca oídos. Con esta nueva, movidos los Españoles que moraban en las riberas del Mediterráneo del deseo de ganarle la voluntad, le enviaron una embajada hasta Babilonia. Hay quien supone que fueron solos los tirios de Cádiz los que esto hicieron, y que no fué á Babilonia sino á Tyro adonde enviaron sus embajadores, por hallarse Alejandro con grande ejército y saña sobre la antigua ciudad fenicia y temer los Gaditanos descendientes de los Tirios que se extendiese hasta ellos la cólera del rey griego. Afirman otros que los Españoles intentaban ayudarse de él y valerse de sus fuerzas contra los Cartagineses, que abiertamente empezaban á oprimirlos con sus continuas exacciones. Oigamos á Mariana que al referir este suceso sigue al verídico Paulo Orosio. «El principal de la embajada se llamó Maurino, el cual juntándose de camino con los embajadores de la Galia, que hacían el mismo viaje, últimamente llegó á Babilonia, donde los embajadores de Sicilia, de Cerdeña, de las ciudades de toda Italia y de Africa, y hasta de la misma ciudad de Cartago, estaban por su mandado aguardando á Alejandro. Él, luego que llegó, señaló audiencia á los em-

(1) La que formó Eilhardo Lubio.

bajadores. Los de España le declararon la causa de su venida y lo que les era mandado. Que la fama de su esfuerzo y valor, esparcida por todo el mundo, era llegada á lo postrero de la tierra, que es España, y por ella su nacion se movió para con aquella embajada y por su medio saludarle y pedirle su amistad; cosa que no le sería de poco provecho si despues de domado el oriente tratase, como era razon, de revolver con sus armas y banderas á las partes del poniente, pues podria á su voluntad servirse de las riquezas de aquella muy rica provincia; que los Españoles, trabajados no menos con disensiones de dentro que con guerras de fuera, y muy cercanos al peligro, tenian necesidad de no menor reparo que el suyo; que jamás pondrian en olvido la merced que les hiciese, ni cometerian por donde en ningun tiempo se desease en ellos lealtad y buena correspondencia; la costumbre de los Españoles ser tal, que no trataban ligeramente amistad con alguno, y despues de trabada, la conservaban constantemente. Esta embajada fué muy agradable á Alejandro, de tal manera, que entonces le pareció haberse hecho señor de todo, como lo dice Arriano, pues desde lo postrero del mundo venian á poner en sus manos sus diferencias. Preguntóles muchas cosas del estado de su república, de las riquezas de la provincia, de la fertilidad de la tierra, de las costumbres y maneras de los naturales y de la contratacion que tenian con los estrangeros. Demás desto prometió que por cuanto ordenadas las cosas de Asia, en breve pensaba mover con sus gentes la vuelta de Africa y del Occidente, que en tal ocasion tendria memoria y cuidado de lo que le suplicaban. Con esto y con muchos dones que les dió, los envió contentos á su tierra.» Un historiador moderno (1) trae otro testimonio del buen recibimiento hecho por Alejandro á los embajadores gaditanos: «honraron estos su memoria, dice, poniendo á la vuelta su busto en el templo de Hércules de Cádiz (2).»

Muy mas odiosos á los Españoles que los astutos Fenicios, empezaron los orgullosos Cartagineses en el año 238 antes de J. C. la violenta carrera de sus conquistas en la península ibérica, para indemnizarse en ella de las pérdidas sufridas en Sicilia y Cerdeña durante la primera guerra sostenida contra los Romanos. Si los Fenicios habian introducido alguna corrupcion en las costumbres de los Turdetanos y Tartesios, los Cartagineses las estragaron de todo punto: fueron con

(1) Romey, *Historia de España*.

(2) Este fué, segun Suetonio, el busto de Alejandro que hizo verter lágrimas á César. Véase *In vit. Cæs.*

ellos tiranos, alevosos y crueles; les esquilmaron la tierra, les robaron la riqueza de sus preciosas minas en beneficio de Cartago, y al propio tiempo que hicieron su república á costa de la Bética rica y poderosa, trajeron de Africa para oprimir á los peninsulares enjambres de soldados hambrientos y desnudos.

De las malas costumbres pegadas á los andaluces por las diferentes naciones que entre ellos habían morado, las mas ruines y perversas fueron sin duda las de estas últimas gentes, que procuraron con todo cuidado y sagacidad infestar las antiguas leyes, ritos, ceremonias, sacrificios y ofrendas de los sencillos naturales, persuadiéndoles y obligándoles á guardar las suyas, tan viles é inhumanas, que ningunas habia peores en toda la gentilidad. De ellos aprendieron los Españoles los sacrificios humanos y el uso de la carne de perro y de sabandija (1).

Grande cosa fué para los Cartagineses en su desigmo de hacerse señores de toda España, el haberse posesionado de la Isla de Cádiz y de los otros pueblos que en la marina tenian los Fenicios, los Griegos y los Eritreos; porque desde estos fueron poco á poco ganando tierras y edificando castillos y fortalezas. Así cada nuevo presidio era para ellos un nuevo punto de partida. Y la division en que vivian las diversas gentes españolas, la falta de comunicaciones que entre unas y otras poblaciones habia, la inferioridad de la táctica, de las armas y de la disciplina de estas gentes, daban gran ventaja á los Cartagineses, que acababan de enviar á España lo mas selecto de sus guerreros acaudillados por el mejor general de la república. Era este general Amilcar, hombre de tanta energía, empuje y actividad, que en el primer año de su mando recorrió la Bética entera imponiendo á los pueblos tributos y contribuciones de guerra en nombre de Cartago. Al año siguiente convirtió en campo de batalla toda la estension del litoral de levante, hizo tributarios á los Bastetanos y Contestanos, y asentó sus reales sobre Sagunto, república de muchos años atrás aliada de los Romanos.

¿Se atreverá el altivo Cartaginés á provocar de nuevo la cólera de Roma? Grande es el odio que profesa Amilcar á los hijos del Tiber; tan grande, que solo ha de escederle el de su hijo Anibal; sin embargo la república africana no cree llegada la ocasion de romper otra vez las hos-

(1) «Alejandro Magno, dice Horozco, grande su enemigo, y que deseó destruirlos porque descendia de los de Tiro, entre otros gravámenes que les puso fué uno de ellos condicion espresa que no habian de comer carne de perros, é hizo que lo guardasen y cumpliesen por todo el tiempo que vivió.» Lib. II, cap. 2.º

tilidades con aquella rival tremenda, y Amilcar respeta al pueblo de Sagunto, y su ejército pasa de largo para acampar en las orillas del Ebro.

Al norte del Bétis, en los Turdetanos y los Célticos de Cuneus, mandados por Istolacio, encontró alguna resistencia; pero fueron también vencidos, y Amilcar asoló sus tierras, los dispersó, dió la muerte á su caudillo, y solo perdonó á tres mil hombres que enganchó al servicio de la república. Como torbellino destructor recorrió las poblaciones interiores que negaban su obediencia á Cartago, penetró en las tierras de los Lusitanos y Vetones, y los halló apercebidos á la defensa en número de cincuenta mil combatientes acaudillados por el esforzado Indortes (1). Consiguio Amilcar la victoria, pero la compró cara, y concibió por ella tanto horror como si hubiese sido derrotado: tan grandes fueron el ardimiento con que pelearon los Españoles y la carnicería que por ambas partes se hizo en el campo. Muy alta idea de su valor debieron dar al general Cartaginés los naturales, cuando restituyó la libertad á diez mil prisioneros que habia hecho en la refriega. Solo con Indortes no supo ser generoso: cayó en sus manos, y le hizo crucificar bárbaramente. Castigó el cielo su inhumanidad, porque levantadas en armas contra él todas las naciones ó tribus mas denodadas de la costa oriental de España con motivo del sitio que habia puesto á Ilice, halló su tumba en el paso de un rio, y graves autores afirman que murió á manos de los mismos Vetones (2) que ansiaban vengar á su general crucificado. Pero la muerte de Amilcar no compromete el crecimiento de Cartago: su yerno Asdrúbal queda sustituyéndole en España; sus prendas políticas y militares le granjean la estimacion de los mismos Españoles que celebran con él tratados de paz y los garantizan dándole por esposa una noble princesa de su nacion. Asdrúbal funda á Cartagena, construye en ella para sí un soberbio palacio, y la nueva ciudad marítima viene á ser en breves años el emporio del comercio de Cartago en Europa. A Asdrúbal sucede el impetuoso Anibal, á quien su padre Amilcar habia hecho jurar sobre las aras de Júpiter odio implacable á los Romanos. Sagunto volverá á ser en breve la causa de un segundo rompimiento con Roma. Los Saguntinos son como los Ampuritanos y los demás pueblos que habitan la dilatada costa de levante, originarios de Grecia: pronto

(1) *Ἰνδορτης* le llama Diódoro Sículo, lib. XXV, c. 5.

(2) *In prælio pugnans adversus Vettones, occisus est*, dice Cornelio Nepote, *in vita Hamilcaris*.

serán ellos, como lo habían sido los Tirrenos y Mamertinos medio siglo antes, el pretexto de un combate á muerte entre los dos colosos que se disputan el imperio del mundo. Anibal, no contento con triunfar en España, llevará el hierro y la desolacion al corazon de Roma; pero tambien la ciudad de Rómulo, cuyo crecimiento providencial desconoce Cartago, vendrá á vengar en España la afrenta que sus águilas sufrieron en Trebia, Trasimeno y Canas.

Basta de invasiones. Hemos visto á los Turdetanos, pobladores de las fértiles comarcas que hoy comprenden las provincias de Sevilla y Cádiz, primero felices en su ignorancia, sin artes, sin lujo, sin ambicion, inocentemente libres bajo el paternal gobierno de sus ancianos, fieles observadores de la ley natural, y ámpliamente recompensados en sus morigeradas costumbres por una naturaleza siempre risueña, en que se realizan todas las seductoras promesas de una vida de constante bienandanza. Luego, suministrándonos su luz la fábula, auxiliar precioso de la historia, hemos creído descubrir, y con ingenuidad hemos apuntado, los principios de la civilizacion de la Bética, tal como la hallaron los dos gigantes rivales Cartago y Roma, en la cultura de los Caldeos, de los Celtas, de los Egipcios, de los Fenicios y de los Griegos asiáticos.

Sin arquitectura, sin artes en un principio, acabaron los Turdetanos por tenerlas muy florecientes. Ellos quizá no las practicaron, porque se mantuvieron siempre con su fisonomía histórica peculiar puros hasta cierto punto de toda promiscuidad de ideas entre las otras gentes que con ellos habitaron aquellas regiones afortunadas; pero las vieron establecerse y desarrollarse, y aun las admiraron. De las rudas construcciones ciclopeas ó titánicas, pasaron á tener templos grandiosos y un arte simbólico como el de Menfis; á estas fábricas egipcias sucedieron multitud de monumentos al estilo de Tyro, de Biblos y Sidon, de Paphos y de Jerusalem, es decir, de carácter mixto ninivita y egipciaco, con torres y murallas almenadas, con columnas de dobles capiteles, con pulidos jaspes y maderas olorosas revestidas de planchas de oro y plata, con bajo-relieves, estatuas y toda clase de magnificencias; por último, á las construcciones fenicias se juntaron en sus provincias y en sus islas las sencillas y graciosas columnatas jónicas de los Focenses, el arte voluptuoso de los Helenos, manifiesto en los diversos templos aquí y acullá erigidos en honor de Juno, en las preciosas obras votivas de los Sa-

mios, en los deleitosos caseríos de los prófugos de Lydia simpáticos al honrado Argantonio.

Hemos huido del estéril y yerto escepticismo de la escuela malamente llamada *critica*, que repudia la asistencia de la fábula y calumnia á las generaciones preteritas suponiéndolas ignorantes de sus orígenes. Esa escuela funesta no comprende que la humanidad antes de consignar sus hechos en historias tuvo que representarlas en alegorías, en emblemas, en poemas, para que pudiese fácilmente perpetuarlos la tradición: esa escuela, reñida con la fé, ha consumado en los tiempos modernos una obra de destrucción enteramente opuesta á la que llevó á cabo en el mundo antiguo aquella poderosa fuerza moral. Pigmalion animó su estatua con ella; prescindiendo de ella, los críticos modernos han convertido la historia en una estatua muda.

CAPÍTULO II.

Sevilla y Cádiz bajo la dominacion romana.

Fué siempre triste destino de España servir con sus riquezas y su sangre á sus codiciosos opresores y sacrificarse por ellos para sufrir mas ominoso yugo. Como auxiliar de los estrangeros que la beneficiaban esportando sus productos, tenia por enemigos á todos los émulos de sus dueños. Por haber servido á los Fenicios fué la Bética presa de los Cartagineses, y por no haberse unido toda contra estos, fué luego presa de los Romanos. Lo que habia hecho Amilcar desde el peñon de Acra-Leuka enviando todos los años á Cartago naves cargadas de caballos, armas, hombres y plata de España, eso mismo venian haciendo desde las primeras invasiones todos los gobernadores estrangeros; y no bastaba que los infortunados Iberos fueran lejos de su patria á comprar con sus vidas los triunfos de sus opresores en otras tierras, sino que era menester les diesen ejemplo de abnegacion y bizarría. Así los grandes triunfos de Anibal fueron principalmente debidos á las tropas españolas que componian mas de la mitad de sus ejércitos: marchando siempre en la vanguardia, fueron las primeras en recibir el impetuoso choque de las legiones romanas, debiéndoseles en gran parte las ventajas obtenidas contra aquellos ilustres generales de la república los Sempronios,